

LA CACHIMBA

Nadie sabe lo que hay dentro de una pipa. Los espíritus superficiales ven en ella solo un poco de tabaco. Los químicos ahondan un poquito más: una combustión, residuos de nicotina, indicios de brea, alquitrán, potasa...La ciencia se estrella en las paredes calcinadas de la pipa y queda allí dándose cabezazos como el pez en la redoma.

Hay algo más sutil que el humo que fluye de la alquitara de raíz de brezo y asciende por el estrecho tubo hasta el cerebro. Es el ensueño, es la imaginación, es cierto ambiente bohemio, despreocupado y fatalista que permite desentenderse un poco de la vida real. En el fondo de todas las cachimbas hay un depósito inagotable de paciencia.

Uno lo sabe y, al primer disgusto que le sale al paso o que adivina o oculto tras una encrucijada del camino, ocha mano a la pipa con el mismo gesto decidido con que otros empuñan el revólver.

Cuesta más cargarla; pero es una arma más segura. No existe con ella el temor de que se le escape la bala antes de tiempo o de que ésta no de en el blanco. La pipa es un arma defensiva. Su sólo contacto tranquiliza los nervios y una vez que el humo así comienza a levantarse, la víctima puede aguardar sin temor el asalto. Es la cortina de gases que en la guerra europea protegía los puestos avanzados de los fuegos de la artillería enemiga.

Si yo fuera hombre de negocios, agente de seguros, acreedor o cualquiera de esos seres que para el éxito de sus operaciones requieren un momento de debilidad del adversario, temblaría ante la vista del hombre que antes de dar una respuesta comienza por sacar pausadamente la pipa del bolsillo. Un individuo arrojado de ese modo, no dará nunca una contestación desatentada. Acaso pueda ser un poco soñadora, ligeramente fatalista, talvez algo brumosa y retorcida en sutiles espirales, como el humo inaprensible que huye haciendo piruetas en el aire; pero no siempre lo concreto y preciso es lo más razonable. La vaguedad imaginativa desprecia el choque de la realidad como la sombra se burla de los golpes del martillo. Sabe que nada logrará contra ella.

La pipa tiene su filosofía que si no enseña a vivir por lo menos ayuda a vivir

Hay calar de negar en el mesquino fogón de tabaco que deja escapar

el mismo hábito azul de la olla hirviente, de la vieja chimenea de la casa perdida a la distancia. Quizás por eso los marinos, los bohemios, los que no tienen hogar, buscan en la cachimba ese recuerdo de la casa familiar y la llevan consigo. Es un hogar en miniatura que les sigue por doquiera en sus andanzas de hijo pródigo, y hay madres y hay hermanas y hay novias olvidadas que en los días de nostalgia, se acercan al minúsculo fogón y antebian sus manos pálidas en la última chispa de tabaco que guarda todavía un resplendor para iluminar sus rostros pálidos, esfumados por el tiempo.

Por eso no es extraño que los poetas, los artistas, los mismos, humoristas que presumen de llevar un corazón más calcinado que sus propias cachimbas, tengan, al hablar de ellas, acentos de ternura que acaso no tuvieron para sus amadas.

¡Con qué emoción le dedica Jerome sus "Divagaciones de un Haragán"!

"A mi cara, a mi adorada amiga en la próspera y adversa fortuna; a la que si en los comienzos de nuestras relaciones no siempre se avenía conmigo, llegó luego a ser mi mejor camarada; a la amiga que, por más que deje apagar el fuego de mi cariño, nunca procura, ahora, vengarse de mí, disgustándome al encenderla de nuevo; a la que, a pesar de la acentuada frialdad con que la trata todo el elemento femenino de mi casa, y de la desconfianza con que hasta mi perro la mira, parece serse cada día más adicta, impregnándose del aroma de su amistad; a la que nunca critica mis defectos ni me pide dinero, ni se elogia a sí misma; a la compañera de mis horas de ocio; al consuelo de mis penas; a la que comparte mis dichas y esperanzas; a la más sólida y vieja de mis pipas, dedico este volumen en testimonio de gratitud y afecto."

Y Jerome tiene razón. En el fondo de la pipa, entre la filosofía fatalista y la indolencia bohemia, hay un poquito de ternura. A veces el fumador siente que los ojos se le humedecen de improviso y le echa la culpa al humo. El humo, en sí, no molesta; pero ¡que diablo! suelen venir en él unos recuerdos... Menos mal, que la cachimba es buena amiga y guarda siempre una bocanada azul que predispone, si no al optimismo, a lo menos a una dulce indiferencia.